

LA REALIDAD DEL MUNDO Y DE LA IGLESIA INTERPELAN A LA APÓSTOLA PAULINA

Giovan Battista Brunori¹

Introducción

«La actividad misionera “representa, aún hoy, el *máximo desafío* para la Iglesia” y “la causa misionera debe ser la primera”», afirma Papa Francisco en la Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium*². Y agrega: «no podemos más, permanecer tranquilos, en pasiva espera, dentro de nuestras iglesias»: es necesario pasar «... “de una pastoral de simple conservación a una pastoral decididamente misionera”. Esta tarea continúa siendo la fuente de las mayores alegrías para la Iglesia: “Habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse” (Lc 15,7)».

El Papa quiere una Iglesia en salida, una Iglesia misionera, con las puertas abiertas, que sepa anunciar a todos la alegría del Evangelio. Una Iglesia que sea un “hospital de campaña” para curar las heridas de la mujer y del hombre de hoy, las heridas en el cuerpo, en el espíritu y en la mente; Francisco impulsa a la Iglesia a salir de las propias seguridades para ir a dialogar con el ser humano, con sus fragilidades y en las periferias existenciales del mundo.

En la óptica de un *voluntario de un hospital de campaña*, buscaré ahora de hacer una panorámica sobre lo que está ocurriendo en el mundo, deteniéndome sobre los cambios en acto y sobre las crisis que requieren una particular atención de nuestra parte, porque sólo viendo con claridad lo que está en juego, podremos activarnos para cambiar el mal en bien.

Los tres polos de un mundo que cambia

Leyendo los diarios y mirando los noticiarios, podemos tener la impresión que el mundo se está acabando: como sabemos, en el circuito mediático las malas noticias tienden a imponerse, llegan antes y oscurecen a las buenas. Pero quizás es más correcto decir que “un mundo” está acabando y que se está perfilando otro, un mundo del que todavía no conocemos sus características.

Es necesario tener presente algunos factores: muchos países todavía están luchando contra los efectos de la peor crisis económica desde la Gran Depresión de 1929, comenzada en el 2008 y que dura ya diez años; una crisis que ha golpeado sobre un período todavía dominado por el shock de la ola de atentados islamitas que ensangrentaron el mundo, sobre todo con trágica repetitividad después del 11 de septiembre, desde casi veinte años. Sobre esta situación tan precaria, sobreviene la nueva ola migratoria, que a partir del 2013, ha tenido un impacto desestabilizador.

¹ **Giovan Battista Brunori** (Livorno, 1964) archivista, periodista profesional, actualmente es Vice-jefe de redacción al exterior y Vaticanista del Tg2 Rai. Ha realizado los Dossier Tg2 *In cammino verso il Giubileo* (2015) y *La nuova vita del Papa teologo* (2019), reportajes en Rusia, en el Norte de África, en Oriente medio, en Serbia y en Irak. Ha creado y conducido el programa semanal de Rai3 nacional *Verso il Giubileo*, en Preparación del Año Santo del 2000 y ha conducido el programa semanal de Rai3 *Dentro il Giubileo*. Elegido en el 2013 a la Orden de los periodistas del Lazio, ha sido Presidente del Colegio de los Auditores de contabilidad (2013-2017). Ha publicado *Benedicto XVI. Fe y profecía del primer papa emérito en la historia*, Paulinas (2017), traducido en español (2018), y *La Croce e la Sinagoga*, Franco Angeli (2005). Ha obtenido el Premio Periodismo Televisivo “Ilaria Alpi” 1998 y el “Premio Personalità Europea” 2005. Es presidente de la Asociación de voluntariado *Il Melograno, solidarietà, ambiente y cultura*, con sede en el Centro Cívico comunal de Le Rughe (Formello, Roma).

² Papa Francisco, Exhortación Apostólica *Evangelii gaudium* [EG], 15, Ciudad del Vaticano 2013.

El mundo está cambiando rápidamente y se ha vuelto más inestable y multipolar: se enfrentan la supremacía global, los Estados Unidos, la China y la Rusia. Un mundo en el cual el Occidente parece perder progresivamente fuerza. Mientras tanto, crece el peso económico y político de la más grande democracia del planeta: India, un billón y 300 millones de personas y con su tradicional política exterior de no alineación, logra hablar con todos.

Un rol significativo en los cambios de los últimos años lo ha asumido la presidencia americana de Donald Trump, que ha modificado el modo de ponerse de los Estados Unidos, en el tablero de ajedrez internacional. Trump se mueve con el paso del empresario que golpea el puño sobre la mesa, quiere imponer su posición en las negociaciones con los competidores, quiere vender los productos americanos (también las armas) en el mundo, quiere reforzar su economía, salvar los puestos de trabajo amenazados por el traslado de las empresas en países del exterior: «América Primero», «primero la América» es el lema, con el cual ha ganado las elecciones. Quiere defender los límites, bloqueando la llegada de inmigrantes ilegales.

En la lucha por los cambios climáticos Trump también ha rápidamente invertido la tendencia: prefiere continuar alimentando las fábricas de carbón, aunque contaminen: el carbón sirve entonces para garantizar la producción industrial americana y salvar puestos de trabajo de aquellos operarios que votaron por él y que continúan apoyándolo. Por esto se ha retirado de los acuerdos de París sobre los cambios climáticos: reducir la emisión de anhídrido carbónico quiere decir frenar el crecimiento de la industria.

Inmediatamente los números parecen dar razón al jefe de la Casa Blanca: el nivel de desempleo es particularmente bajo, la economía va creciendo; pero a largo plazo los Estados Unidos, difícilmente logrará mantener la fuerza que han tenido hasta ahora en el panorama internacional.

Estados Unidos, que históricamente ha sido faro de los valores de libertad y democracia, luego por años después de la caída del muro de Berlín, la única superpotencia, ahora es un gran país que descubre sus fragilidades, que considera muy caro el rol de “policía del mundo” y entonces tiende a retirarse de algunos grandes escenarios para concentrarse sobre todo en aquello que sirva a sus intereses internos.

Washington ha anunciado el retiro de las tropas de Afganistán y de Siria. Pero el vacío dejado por los Estados Unidos, es ocupado por la Rusia de Vladimir Putin, muy hábil y ambicioso en política exterior, que de a poco está restaurando la potencia de la ex Unión Soviética. Ahora Rusia es el verdadero “dominus” de los equilibrios en Oriente Medio: Moscú compone delicadísimos puzles medio orientales, tirando las cartas en la complicada partida donde juegan Siria, Irán, Turquía e Israel.

Además de los Estados Unidos y Rusia, hoy hay otro competidor mundial, China, guiada por el presidente Xi Jinping, definido por algunos «el nuevo Mao». Protagonista de un portentoso crecimiento económico, según diversos analistas China podría convertirse en la primera superpotencia mundial en el 2050, en directa competencia con los Estados Unidos y Europa.

En los últimos años, con el nuevo “camino de la seda” China está poniendo las bases de nuevos equilibrios y de un nuevo orden mundial. China – depositaria de una gran civilización – quiere construir vías de comunicaciones comerciales, pero también culturales entre Oriente y Occidente: un grandioso proyecto de inversiones, jamás realizados hasta hoy, que interesa a 70 naciones, casi la mitad de la población del planeta. No es casual que entre los históricos se discuta sí el predominio occidental, que duró cinco siglos, no esté decayendo.

Todavía es un país que está conquistando bienestar sin haber logrado la democracia: en los últimos años el régimen comunista se ha convertido en capitalista, pero no democrático. Este aspecto representa una gran novedad para el mundo y también un gran punto interrogativo.

El presidente americano Trump – uno de los primeros en comprender el alcance de la estrategia china – entonces está modificando el sistema de las relaciones internacionales: ha entablado una guerra comercial con China, ha restablecido las relaciones con un aliado tradicional como Arabia Saudita, ha roto los acuerdos nucleares con Irán acusado de querer extender su influencia forzando el terrorismo.

África, continente tradicionalmente colonizado y explotado, hoy está atravesado por cambios extraordinarios y positivos: el boom tecnológico está cambiando su rostro, la economía está creciendo, importantes empresas multinacionales invierten millones de dólares en el sector de las tecnologías. En el continente – donde también la pobreza, las guerras, el hambre y la sequía golpean todavía vastísimas áreas de la población y la mitad de los habitantes, vive aún con menos de dos dólares al día – crece rápidamente el uso de las tecnologías y se difunde la instrucción, se construyen grandes diques, ferrovías y centrales eléctricas.

El mundo árabe, a partir del 2011, ha invertido en las así llamadas “primaveras árabes”, en realidad está todavía sacudida en buena parte por violentos disturbios, por una inestabilidad política que en algunos casos ha provocado verdaderas guerras (como en Siria) y en otros ha llevado al poder a movimientos islámicos, que a su vez ellos, son expulsados luego del poder por nuevos regímenes, como ha sucedido en Egipto. Países democráticos como Túnez y Marruecos, mantienen su frágil estabilidad, pero el camino del mundo árabe – hablando en general – es todavía muy largo hacia la democracia y la estabilidad.

América Latina también está cambiando: ahora son diversos los países que han elegido programas conservadores con liberación, recortes a los gastos públicos y participación de los militares en la gestión del orden público. De particular relevancia el cambio de la presidencia de Bolsonaro en Brasil, que puso término a la era del presidente socialista Lula, determinando un cambio en los equilibrios de todo el subcontinente sudamericano. La Venezuela del presidente Maduro – que goza del apoyo de Rusia y China, está más aislado respecto al pasado – ahora está dividida, al borde de una guerra civil.

Los dolores de la vieja Europa

Europa – una comunidad de 500 millones de habitantes – hoy es más frágil e incierta. La Unión Europea todavía no logra hablar con una sola voz. Y sin embargo, Europa, rica y tecnológicamente avanzada, lleva consigo muchos valores fundamentales que son la base de su orden: los derechos civiles y políticos, los derechos de la mujer, los derechos de los niños, el derecho a la instrucción, el no a la pena de muerte, la libertad de la prensa. Con las elecciones de mayo, por primera vez se confrontaron dos modelos de Europa: por una parte las fuerzas que han trabajado por construir la Unión Europea y que todavía, gobiernan en Bruselas, que ven en la globalización, en la libertad de movimiento de personas y mercaderías una oportunidad de crecimiento para todos; por otra parte, los movimientos y partidos soberanos, según los cuales, en cambio, la globalización ha enriquecido sobre todo la élite y ha empobrecido, a una parte sustancial de la población, en particular a la clase media. Los movimientos soberanos han crecido en muchos países, pero no han conquistado la mayoría en el Parlamento Europeo.

En Europa, como en USA, muchas personas hoy temen al riesgo de una disminución: suscitan angustia las transformaciones en el mundo del trabajo, la automatización que quita puestos de trabajo a las personas, la desocupación, el envejecimiento de la población y la inestabilidad política en las democracias más sólidas. Un clima de inseguridad que alimenta miedo, rabia y en algunos casos, también violencia, racismo y antisemitismo.

Una fragilidad alimentada por muchos factores: crisis de valores, crisis de ideologías y crisis de los partidos tradicionales. Una crisis de identidad que lleva consigo el dilema sobre cuáles sean nuestras raíces, qué preservar de estas raíces y qué relanzar para construir nuestro futuro. Tener una identidad clara (también si positiva, dialogante, abierta a lo diverso de sí) en cambio, quiere decir, tener los recursos, las energías y las ideas para construir el futuro. Tener una identidad clara quiere decir, en definitiva, lograr también moverse como protagonistas en un mundo complicado como el nuestro. Es fuente de debilidad el rechazo de un cierto mundo laicista de confrontarse pacatamente sobre las raíces cristianas, culturales y religiosas que históricamente han influenciado en Europa.

El terrorismo, el impacto de las migraciones y la necesidad de la integración

El terrorismo islamista, un fenómeno que está condicionando todo el mundo desde más de veinte años, no sólo Europa o el Occidente, es una ideología política agresiva que ve en la democracia occidental la fuente de cada vicio y corrupción y en los regímenes del mundo islámico – que ellos consideran corruptos – el enemigo que debe ser abatido. Los terroristas reclaman víctimas entre los musulmanes, entre los civiles en países occidentales y persiguen a las pequeñas comunidades cristianas minoritarias.

Las personas de fe islámica, en su mayoría son pacíficas y rechazan la violencia, pero la propaganda que se hace con la interpretación literal de algunos pasajes de los textos sagrados islámicos – difundida en internet – hace brecha en sus fanáticos, psicópatas o también criminales comunes, que asumiendo el papel de los “vengadores” adquieren una perversa forma de “dignidad” y – convirtiéndose en kamikaze – dando sentido a sus frustraciones y a sus deseos de un fin “glorioso”.

La continua difusión de noticias sobre terroristas, que dicen de inspirarse en el Islam y que venden o trafican el “deber de matar” inocentes por el “deber creer”, crea la impresión que los islamitas son todos terroristas. Se difunde un clima de miedo, de sospecha y de odio hacia los islamitas y en general a los extranjeros.

La presencia de inmigrantes en las ciudades y en los campos suscita una actitud de acogida; en otros casos el descubrimiento de los símbolos cristianos y un despertar de identidad en oposición a la identidad de los inmigrantes; en otros casos – especialmente en las periferias degradadas, donde falta todo y las personas son abandonadas por las instituciones – provoca miedo y rabia.

Las amenazas y las agresiones contra las minorías van en aumento: además de los episodios de islamofobia, están en aumento los de antisemitismo, como es el caso de Francia o en Suecia, donde personas de religiones judías, también los niños, son insultados y agredidos por las calles y en algunos casos, se llega a matar brutalmente a personas en sus casas. Por esto muchos judíos tienden a emigrar a Israel.

Si los inmigrantes no son integrados en la sociedad, con proyectos ad hoc, la acogida puede resultar incluso contraproducente: los migrantes arriesgan terminar siendo presa en la degradación, de la criminalidad, provocando en el imaginario colectivo el prejuicio “inmigrante igual delincuente”.

Al caer sobre este clima de inseguridad y de miedo, se ha llegado al fenómeno epocal de las nuevas migraciones, frente al cual también Europa ha cerrado sustancialmente sus puertas. La acogida de los migrantes es extremadamente impopular y los líderes políticos saben que a quienes abran sus puertas a los migrantes, serán penalizados en las elecciones. Precisamente por este clima de miedo a los nuevos llegados, miedo de lo diverso, miedo a perder el propio trabajo, las propias seguridades y el propio bienestar – alimentado por el desconcierto de los hechos noticiosos de la crónica - diarios – noticiarios, que lamentablemente ven también como protagonistas a los inmigrantes – condiciona hoy las elecciones de muchos electores, partidos políticos y jóvenes.

Además de los fenómenos que se registran en la superficie, se necesita ver también lo que va cambiando en profundidad. En Occidente, luego de dos siglos de constante crecimiento económico, ahora por primera vez los hijos a menudo están peor que sus padres. La vida en las familias se ha hecho muy difícil: existe una crisis de esperanza y una crisis de futuro en relación a las jóvenes generaciones, en un período histórico en el cual, por lo demás, los valores éticos y religiosos se están desvaneciendo. Se ha difundido un clima de desconfianza y de rencor que amenaza deshacer el vínculo que tiene unidas a las sociedades, creando inestabilidad política.

El rol de Occidente

Occidente parece estar pleno de bienestar, pero al mismo tiempo asustado o atemorizado porque se siente amenazado. Una Europa cansada, que envejece, que tiende a no tener hijos y por lo tanto parece querer despedirse de la historia. En definitiva, un Occidente que parece odiarse a sí

mismo: como afirmaba el entonces cardenal Ratzinger; si bien, de manera loable, el Occidente intenta «de abrirse lleno de comprensión a valores externos, pero no se ama más a sí mismo; de su propia historia ahora ve solamente lo que es deplorable y destructivo, mientras que ya no tiene la capacidad de percibir lo que es grande y puro». «Para sobrevivir Europa tiene ciertamente necesidad de nueva – crítica y humilde – aceptación de sí misma, si ella de verdad quiere sobrevivir. La multiculturalidad, que llega continuamente y con pasión, impulsada y favorecida, a veces es sobre todo, abandono y renegación de lo que es propio, fuga de las cosas propias. Pero la multiculturalidad no puede subsistir sin constantes en común, sin puntos de orientación a partir de los propios valores. Ella, seguramente, no puede subsistir sin respeto de lo que es sagrado»³.

Identidad europea que Benedicto XVI, veía originada por el encuentro entre tres principales fuentes: Jerusalén, Atenas y Roma, el encuentro entre la fe en el Dios de Israel, la filosofía griega y el pensamiento jurídico romano⁴.

La situación actual de la Iglesia

Ahora veamos la situación de la Iglesia actual.

Papa Francisco ha revolucionado la imagen del Romano Pontífice, imprimiendo un estilo muy carismático al rol de obispo de Roma y pastor de la Iglesia universal. Tras las huellas de los antiguos profetas de Israel, que denunciaban sin medios términos a los poderosos de la época y las hipocresías de las clases sacerdotales, Papa Francisco ha impreso una aceleración a los ritmos tradicionales de la Iglesia, para hacerles retomar en mano el Evangelio “sine glosa”; se ha alejado de la tradicional imagen de una Iglesia “super partes”, marcando más bien, un giro decidido y radical hacia los pobres, los desheredados, los migrantes, los romaníes (gitanos) y desarrollando las aspiraciones del Concilio Vaticano II.

El Papa, que concibe a la Iglesia como un “hospital de campaña”, entiende o tiene la intención de llevar el Evangelio a cada casa, eligiendo, casi de hacer una misión “puerta a puerta”, también telefoneando personalmente a gente común. Ha puesto en marcha un Jubileo extraordinario de la misericordia y comenzando desde África Central.

Con la primera encíclica sobre la ecología (*Laudato si'*) ha abierto un nuevo camino para la Iglesia: aunque no faltan referencias a la relación armónica en la tradición cristiana con la naturaleza, si bien, los predecesores habían apuntado el dedo contra la destrucción de los recursos naturales; ningún Pontífice se había lanzado tanto en la protección de la “Casa común”.

El primer Papa latinoamericano de la historia expresa un punto de vista original, no europeo, respecto a sus predecesores: non ha vivido la Shoah, ni la confrontación est-oeste. El Papa argentino, que mira a los Estados Unidos con la mirada de muchos latinoamericanos, ha llevado la Iglesia a desarrollar relaciones muy fructíferas con Rusia, con Cuba y con China.

El primer Papa jesuita de la historia, mira con particular atención la evangelización de Asia: de gran relevancia el nuevo acuerdo entre la Santa Sede y Pekín sobre la nominas episcopales, si bien, criticado por algunos sectores de la Iglesia, constituye un paso adelante decisivo para el futuro de los católicos en China, en vista de la normalización de las relaciones entre la Sede de Pedro y China y es un acuerdo estratégico que cae precisamente, mientras China se está imponiendo cada vez más como una nueva superpotencia.

Partidario convencido del diálogo ecuménico e interreligioso, ha hecho del diálogo con el Islam una prioridad del pontificado. El objetivo del Papa es hacer de las religiones un poderoso factor de diálogo y de paz, para que contribuyan activamente a la desmilitarización del corazón humano.

³ J. Ratzinger, *Lectio magistralis su Europa. I suoi fondamenti spirituali ieri, oggi e domani*, Biblioteca del Senato italiano, 13 de mayo de 2004.

⁴ Benedicto XVI, *Discurso al Parlamento alemán*, 22 de septiembre de 2011.

Papa Francisco, ha relanzado con fuerza y sin precedentes, la lucha a los abusos contra los menores: en su visión, la pedofilia, además de un crimen, es un pecado horrible – que el Papa Francisco ha comparado a los sacrificios humanos – es un abuso de poder, fruto de una mentalidad clerical dura a morir.

El Papa, ha compilado y relanzado por primera vez el tema de los abusos contra las religiosas y ha puesto con fuerza, el tema del rol de las religiosas en la Iglesia, que no puede ser sólo una función auxiliar: ha expuesto el tema de la “sumisión” de las religiosas que hacen de domesticas de los sacerdotes, obispos o cardenales. «Servidumbre no, servicio sí», ha dicho Francisco a la Unión internacional de las superioras generales.

El Papa, no teme el debate interno en la Iglesia, sino que, al contrario lo favorece, preocupa todavía el clima que desde algunos años se vive en el mundo católico, un clima denso de polémicas. Alguno ha hablado de “pontificado dramático” en el que se ven cardenales que acusan al Papa y ateos que lo defienden. En la Iglesia, cierto no son nuevos los conflictos, pero no se habían visto jamás ataques tan frecuentes, públicos y organizados al Romano Pontífice. Ciertamente Papa Francisco está comprometido – más que a definir con precisión formulaciones doctrinales – a hacer esposar a la Iglesia con el mundo y la atención evangélica a los últimos; pero creo que a suscitar resistencias sea en particular la misión que el Pontífice asigna a la Iglesia de «hacer entrar en la lógica del Evangelio en el pensamiento y en los gestos de los gobernantes», como ha afirmado en una entrevista. En la mirada de los acusadores, la defensa de los migrantes es tan evidente en este pontificado y la denuncia fuerte y repetida contra las “políticas” queridas por muchos países y de sus líderes para contrarrestar el fenómeno de la inmigración ilegal, como los muros y las “puertas cerradas” a la acogida.

Un pontificado que “va al ataque” y que está “bajo ataque”

En este periodo histórico, dominado por el fenómeno de las migraciones y por el crecimiento del soberanismo, el actual pontificado viene atacado más por razones políticas que doctrinales. Un pontificado que “va al ataque” y que está bajo ataque. Es el estilo “movimentista” de una Iglesia que el Papa quiere inquieta y cerca de los últimos, que innova profundamente el estilo que tradicionalmente ha caracterizado su historia, que sacude muchas certezas y obliga a todos a tomar partido.

Sin perjuicio de la salvada defensa de los últimos, que está en el ADN de la Iglesia, creo que hoy sea necesario mirar hacia adelante, evitando de meterse en polémicas “políticas” sobre los temas que ven – y probablemente verán también en el futuro – la Iglesia sigue siendo minoritaria. Bueno es mantener la tradicional distinción entre religión y política: el Evangelio es la brújula que debe orientar el camino de la Iglesia, pero no da soluciones “políticas”, utilizable “aquí y ahora” que en cambio son responsabilidad de los laicos comprometidos en la política. Es necesario trabajar sin cansarse en la óptica de la *gradualidad*. La radicalización del conflicto, también si en nombre de la fidelidad a los valores evangelicos, podría crear más problemas de los que les gustaría resolver.

Por otra parte, sobre el fenómeno de las migraciones, visto el fracaso de varios modelos de integración, creo se deba también escuchar al rechazo sustancial del globalismo y de una visión multicultural de la sociedad, expresada por las poblaciones occidentales: no por aceptarlo así tal como es, sino para entender cuáles son las razones más profundas de este malestar social y para tratar de remediarlo.

Requiere dar vuelta la página, cambiar esquema, pero sin perder la fuerza de la profecía, encontrar al interno del mismo mundo católico, en la Iglesia, entre las comunidades religiosas, las razones de estar juntos y reparar el tejido que nos une.

No obstante siglos de evangelización, hoy en ambientes ya descristianizados, es indispensable volver a preparar el terreno sobre el cual sembrar el anuncio evangélico “explicito”. Si el hombre y la mujer contemporánea se van alejando del cristianismo – pensando de poder hacer por sí mismos, habiendo logrado el bienestar, extraordinarias competencias técnicas y científicas, nivel de poder,

libertad, dominio de la naturaleza, antes jamás logrados – es necesario acompañarles en su camino y discutir con ellos, como lo hizo Jesús con los discípulos de Emaús, mientras se estaban alejando de Jerusalén. La mujer y el hombre de hoy, detrás de la coraza de las propias riquezas y del propio orgullo, esconden una profunda inseguridad interior, una fragilidad, a veces hasta la desesperación, una fuerte necesidad de amor y un deseo de encontrar un sentido a la propia vida. Con estos corazones frágiles y llenos de anhelos nosotros estamos llamados a entrar en comunicación. «Cor ad cor loquitur» era el lema del cardenal Newman: Jesús comunica “corazón a corazón” con cada mujer y con cada hombre.

Nueva evangelización y pre-evangelización

En vista de la nueva evangelización, no basta un enfoque “teológico”, según el cual necesita se hablar en manera nueva de Dios e introducirlo en la conversación: si el terreno no es arado antes, las palabras resbalan por el camino, sin producir frutos. Sin ayuda concreta a la vida de las personas, sin un diálogo verdadero y profundo y sin amistad, todo será inútil.

En la historia del hombre el cristianismo ha llevado un río de gestos de amor, del cual precisamente tienen dramáticamente necesidad la mujer y el hombre de hoy: el amor, es lo que no traiciona, lo que da esperanza y la caridad que sana heridas del cuerpo y del alma, que sana las relaciones entre los seres humanos. Sólo el amor, hace nacer la pregunta sobre Dios o si estaba sepultada en lo recóndito del alma humana, la resucita. Es necesario volver a realizar pre -evangelización.

Es un camino largo y no privado de obstáculos, pero no creo exista otro para subir la cuesta: se requiere hacer cultura básica, en las bibliotecas, en las librerías, en las escuelas, en las asociaciones y en las parroquias. Los cristianos, a partir de la experiencia de la fe pueden y deben volver a tener un liderazgo en el territorio.

Se necesita trabajar para realizar una verdadera “ecología humana”: reconstruir el ser humano, ayudarlo a redescubrir cuáles son los verdaderos comportamientos humanos, los verdaderos valores sobre los cuáles construir una existencia y ayudando a la persona a distinguir el bien del mal. Una misión que cuide del alma y del cuerpo de la persona. Que sane las heridas de la humanidad herida, de identidad frágil y de personas que no saben amar, porque no han recibido amor; de personas que no conocen a Dios o que tienen una imagen deformada de Dios.

A veces parece asistir a una regresión preocupante del ser humano, casi una especie de “mutación genética”, tanto en los jóvenes como también en los adultos.

En Italia, por ejemplo, se está difundiendo lo que en las escuelas se define “emergencia educativa”: el nivel de aprendizaje de los jóvenes ha disminuido considerablemente y a menudo los programas escolares se adaptan a los niveles más básicos de habilidades logradas por los jóvenes, por no mencionar el comportamiento de tantos jóvenes que muestran signos de fragilidad conductual y de agresividad. Sin embargo, se puede y se debe hacer muchísimo por la escuela y por la educación de los jóvenes. Necesitamos invertir en la “formación”: formación de los profesores, formación de los estudiantes y formación de los padres, que a menudo no saben educar a sus hijos. Se pueden lograr resultados extraordinarios.

Se encuentran jóvenes aplastados por responsabilidades más grandes que ellos; responsabilidades que no quieren asumir los padres.

Hay tantos jóvenes buenos, capaces, intelectualmente activos y plenos de confianza en el futuro, ayudados por los profesores que creen en la escuela; pero también hay niños víctimas de un pesimismo aparentemente sin salida.

Ha sucedido en una tercera elemental (niños entre 8 años), en un barrio popular de la periferia de Roma: mí esposa Giovanna, responsable del Servicio escuela y Universidad de la Instituciones Bibliotecas de Roma, debía tener un encuentro sobre libros que tenían como tema *la libertad*. A la banal pregunta, « ¿les gusta la libertad?», la respuesta unánime de los niños: « ¡No, la libertad no nos gusta!». Frente al desconcierto de Giovanna, los niños dieron sus motivaciones; un niño dijo: «La libertad no me gusta porque si soy libre de hacer lo que quiero es cansador. Prefiero tener a

alguien que me diga qué debo hacer porque me siento más tranquilo». Todavía otro: «La libertad no existe». Y todos los otros niños concordaron con la tesis que contra el mal no hay nada que hacer y que la libertad no sirve para mejorar las cosas.

Entonces, Giovanna ha desmontado con paciencia todas sus teorías, dando ejemplos concretos, de situaciones negativas que luego se resolvieron positivamente, transmitiendo el mensaje que no requiere perder nunca la esperanza aun en las situaciones más difíciles.

Después de una hora y media de conversación, aquellos niños al final terminaron convencidos: « ¡Es mejor tener libertad! »: salieron de la clase gritando rítmicamente: «Viva la libertad, viva la libertad...».

Conclusiones

La respuesta ganadora a las convulsiones de este mundo moderno, es la de convertirse en apóstoles y apóstolas, capaces de crear lo que es posible crear, crear amor: hablando y escribiendo – en revistas, en libros, en el chat, en la web – palabras que hablen de amor y que ayuden a la gente a amar. No basta “repetir”, es necesario “inventar”, en la literatura, en la poesía y en la ciencia. Probablemente, uno de los problemas más graves de la Iglesia moderna, no es tanto el de haber tenido líderes malos o mediocres, sino haber perdido la iniciativa en el campo del pensamiento; un pensamiento original, que ayude a los seres humanos a vivir. A menudo, los católicos abandonan la producción de ideas. En cambio esto, con la ayuda de Dios, está a nuestro alcance y es exactamente lo que sirve.

En esto, ustedes Hijas de San Pablo, son una luz con su inteligencia, su creatividad, su espiritualidad y permítanme decirlo con la alegría que veo brillar en los rostros de las hermanas, con las que he colaborado: ello se ve no sólo en lo que hacen, sino en el “cómo” lo hacen. Se ve no sólo en la selección de las obras que ofrecen a los lectores, sino también en el cuidado y dedicación con que la difunden y por la premura con la que llevan adelante su servicio. Ello se ve en el entusiasmo con el cual se lanzan a nuevos desafíos editoriales, como las nuevas fronteras de lo social.

La palabra “cristianismo” – que hoy para muchos está todavía asociada a tristeza, castigo, opresión – debe volver a ser una palabra “feliz”, que habla de amor, una cierta cualidad de amor: *el ágape*. Un amor que quiere decir también, llevar el mal de los otros, como ha hecho Jesús en la cruz. La fuerza del cristianismo ha sido precisamente, la capacidad de inventar nuevas formas de fraternidad. El nuevo estilo de vida iniciado por el movimiento generado por Jesús, es lo que sirve al mundo hoy; un amor que disuelve la depresión, un amor más fuerte que la muerte. Un amor que tiene la fuerza o el poder de cambiar – en concreto – la vida.

Cuando el cristianismo vuelva ser una palabra “feliz”, una “buena noticia”, entonces y sólo entonces, tendrá un gran futuro en la sociedad moderna.